

## LA PECERA DE LAS SONRISAS

Lo primero fue una roca de sal. Al parecer, te deja limpia de energía negativa. En mi caso, aquella piedra solo realizó su trabajo con los sesenta euros de la tarjeta. Lo intenté después con un plantón de aloe, pero la distancia en la filogenia de nuestras especies tampoco lo permitió. Al fin lo conseguí con un pececillo de acuario, una hembra de molly negro que, aunque de línea evolutiva también lejana, por lo menos, tenía boca y ojos.

Era una recomendación del psicólogo: “Debes tener un lugar donde puedas reírte de todo lo que te pasa y compartir con alguien que las cosas, en realidad, no son tan terribles”.

Para eso estaba Molly, que así la llamé por no rizar demasiado en buscarle nombre. Sentada delante de la pecera, seguía los movimientos de aquella criatura acuática. En poco tiempo, la rítmica de sus aperturas de boca, el ondular de las aletas y ese nadar sereno conseguían que recolocara en el cerebro todas las estupideces que me amargaban la tarde.

Gustaba de aquellos ratos delante del cristal, pero necesitaba algo más.

— ¿Por qué no te inicias en algún deporte? —dijo el psicólogo.

Agradecí aquella pregunta. Era la primera vez que percibía palabras no condicionadas por mi situación personal. Estaba hasta las narices de inspirar lástima y que todo el mundo perdiese la naturalidad conmigo. Sabía que algo no funcionaba en mi cabeza, que no era normal preferir un pez a una persona, pero odiaba ese trato de “tiritita y algodón”. Por eso tomé aquella frase muy en serio y me propuse llevarla a cabo.

Fui al gimnasio y pasé a un despacho. La entrenadora era una chica bastante parecida a mí. En una sola oración, resumí mis gustos, motivaciones y experiencias anteriores: “Me faltan las piernas”. Ella quedó mirándome seria y pensativa. No parecía haber entrado en el habitual registro ñoño y doliente, pero daba por segura mi “facturación” directa a chapotear en la piscina o a dar revolcones en el suelo con una pelota gorda. Lo que dijo fue diferente a lo esperado.

— ¿Te gusta correr? —preguntó.

—Sí —contesté firme y rotunda.

No tenía interés alguno en verme, sudorosa, dando tumbos por los parques. Respondí de forma refleja ante la autenticidad y el compromiso que percibí en la propuesta.

Sin mayores ceremonias, comenzó a explicar el plan de trabajo. En una pizarra blanca, y a tres colores de rotulador, describió conceptos de los que no entendí casi nada. Por suerte, entre la selva de gráficas y palabras raras, pude rescatar tres frases legibles: “necesitas unas prótesis nuevas”, “ten paciencia” y “flotarás sobre el suelo cuando aprendas a correr”.

Salí del gimnasio pensando que, al fin y al cabo, aquella chica tampoco se había explicado tan mal, porque no necesité más que esas tres ideas para construir un propósito. Simpatiqué con la personalidad resolutiva de la que ya era mi entrenadora. Percibía en ella seguridad y una ausencia total de esa ternura hipócrita que detestaba.

Punto primero, encargar las prótesis. Mientras estas llegaban, comencé a trabajar en el gimnasio. El mundo del deporte, sin tenerle especial aversión, nunca me había interesado, y menos después del accidente. Los primeros días resultaron tediosos y poco agradables. Si no dejé de ir fue por darle una oportunidad al punto segundo: eso de la paciencia.

Al fin llegaron las prótesis. No comencé a correr con ellas hasta semanas después. Mi entrenadora se preocupaba más por la dieta, las rutinas del gimnasio y una panoplia de pasos extraños que debía ejecutar con la disciplina de un soldado. Ella los llamaba, “técnica”. Para mis adentros, pensé que entre el peso que estaba perdiendo y aquellas cabriolas, solo necesitaría darle vueltas a una vara para desfilar en una banda de “majorettes”. Mi interior sonrió ante aquella idea. En otros tiempos, mi natural sentido del humor la habría utilizado para echar unas risas con los amigos. Sin embargo, mi gusto por los chistes se había desvaneciendo y quedó relegado a vagos pensamientos que casi nunca exteriorizaba.

Pasaron tres meses y no había abandonado. El precio de las prótesis fue la razón principal, aunque debo reconocer que una ilusión incipiente también colaboró en aquella persistencia. Las visitas a Molly se fueron espaciando en el tiempo. No la buscaba si no era para mitigar algún resentimiento y, aunque una amargura de fondo seguía conmigo, esos momentos cada vez aparecían menos. Nunca me pasaba por el acuario para compartir episodios agradables. Quizás, por las últimas “virutas” de una advertencia materna: “A Dios no se le piden tonterías. Solo se reza por cosas importantes”. Molly me había aliviado en tantas situaciones dolorosas que, sin concederle atributos divinos, gozaba del respeto suficiente como para pensarme eso de ir a ella con risitas.

Siguió pasando el tiempo y este fue alumbrando cambios difíciles de pronosticar meses atrás. Empezaron a cobrar sentido todas esas palabras extrañas del primer día: “series”,

“intervall”, “fartlek”... Pasé, de los libros de autoayuda a ver retransmisiones deportivas. Permanecía absorta delante de la pantalla ante esas luchas al límite y sus desenlaces imposibles. Quedé cautivada por aquel mundo crudo y bello del que quería sentirme parte.

Una tarde, mi entrenadora dijo: “Ya estás preparada para tu primera prueba. En dos semanas..., intentaremos los cinco kilómetros”. Mi corazón se aceleró. Jamás había competido. La idea de hacerlo era estimulante, pero también agudizó mi complejo de “muñeca rota”. Sin esperarlo, volvió a embestirme otra de esas situaciones perversas en las que necesitaba estar delante de la pecera.

Situada frente al cristal, miré a Molly en busca de alivio. El movimiento de aquel pequeño ser, pausado y cadencioso, empezó a hacer su efecto. Pronto comenzó el proceso de reubicación en la realidad. Podía quedar la última, no presentarme o abandonar. El mundo seguiría girando a la misma velocidad. Ese era el momento de levantarse y seguir con la vida. Sin embargo, aquella vez fue diferente. Un diablillo interior parecía retenerme allí. Mi mente comenzó a cruzar pensamientos para ocultar su verdadera intención: quería correr y hacerlo bien. El pez pareció advertir que algo no estaba funcionando. Volvió a salir de su cardumen para iniciar, otra vez, la habitual “rutina de trabajo”. Quedé analizando los detalles de sus idas y venidas en espera de que la intranquilidad disminuyese. Fue entonces cuando lo vi. Mi pequeña amiga había perdido su aleta pélvica derecha y buena parte de la otra. “El encuentro con algún macho alfa”, supuse. Me dolió y sufrí por ella. Sin embargo, advertí, aliviada y con algo de sorpresa, que su nadar no se había modificado en absoluto. Molly, variando el gesto de los miembros que le quedaban, continuaba desplazándose grácil y segura.

—No has cambiado —murmuré en voz baja.

La noche previa a la carrera, tenía los nervios como las cuerdas de un violín. Me sentía más “coja” que nunca e incapaz de correr sin hacer el ridículo. Pasé por la pecera antes de acostarme. La visita no hizo desaparecer el nudo en el pecho, pero me ayudó a repasar mi experiencia de los últimos meses. Pensé en mi entrenadora. Además de amiga, se convirtió en la única persona con cuatro miembros completos de la que admitía consejos. Compartí con ella reflexiones íntimas, todas ellas basadas en mi incapacidad para dejar atrás ese corrosivo, “por qué a mí”. Recordé aquellos tres pilares que construyeron mi propósito. Este se hacía más consistente cada día. No cabía duda que aquellas prótesis fueron una gran idea, también que las recompensas en ese mundo siempre llegaban por caminos lentos. Sobre el tercer mensaje, bueno, no conservaba demasiada esperanza de poder experimentarlo alguna vez

porque seguía percibiendo mi correr, lento, destartalado y sin ningún indicio de flotabilidad sobre el suelo. “¡Qué pinta una ‘tartana’ en una autovía!”, pensaba triste y derrotada. Durante unos instantes me atenazó el miedo. Este adquirió una forma conocida: la sospecha de ser intrusa en un mundo ajeno y que si nadie me lo decía, era por un elemental sentido de compasión ante la desgracia. Afortunadamente, al verle nadar, volví a recibir, claro y nítido, el mensaje del pececillo. Lo hacía con la fluidez de siempre, ajena a la pérdida de sus aletas. Quedé un buen rato interiorizando aquellos bellos desplazamientos a la vez que rumiaba una frase pegajosa: “Si tú puedes, yo también”.

Con aquella idea abriendo camino hacia dentro, besé el cristal y me fui a la cama. Lo hice esbozando una olvidada sonrisa que, solo unos instantes y con la punta de los dedos, me hizo acariciar tiempos pasados.

El día despertó frío. Se avisó para la salida. Preferí situarme al final del grupo para evitar caídas. Estaba atenazada por los nervios, pero, a la vez, me invadía una agradable sensación de libertad y es que por fin no parecía ser centro de la mirada de nadie. Al disparo de inicio, se produjo un tumulto que borró por completo mis planes. Comencé a correr sin ningún control, como si estuviera huyendo de algo. Intentaba, sin éxito, acompasar mis zancadas correctamente, sin forzar y amortiguando el impacto con el suelo. “¡No cojees!” “¡Que no miren a las piernas!”, barruntaba mi mente asustada. No obstante, me aportó cierta tranquilidad comprobar que, aún en mis precarias condiciones, iba adelantando puestos.

Pasaron unos minutos y la masa inicial de participantes se convirtió en una hilera larga e irregular. Salvo algunos pequeños grupos, la mayoría corríamos en solitario. Fue entonces cuando pude escuchar aplausos y voces de aliento dirigidos expresamente a mí. Seguía adelantando a gente y aquellos gritos de ánimo eran cada vez más intensos. Llegué a percibir auténtico entusiasmo a mi paso y, sinceramente, poco importaba que eso tuviera que ver con la ausencia de mis piernas. Por primera vez en mucho tiempo, mi mente no deformó los mensajes. Me sentí querida y admirada sin ningún matiz.

Pasé por el cartel de, “último kilómetro”. A unos metros por delante, pude ver a un chico alto, con musculatura definida y bonita zancada. Traté de alcanzarlo. Con la mirada fija en él, intentaba incrementar el ritmo, aun sabiendo que no quedaba margen para hacerlo. Comprobé, con sorpresa, que las fuerzas no me abandonaron. Debían faltar doscientos metros cuando pude llegar a su altura. Él giró la cabeza y aceleró para evitar ser superado. Yo hice lo mismo. Ambos iniciamos el último “cambio” al límite de nuestras capacidades. Fue entonces cuando

dejé de oír los impactos de mis apoyos en el suelo. Recordé a Molly en su nadar sencillo y limpio. Vino a mi mente aquella última frase que alcancé a entender ese primer día. ¡Por fin me sentía flotar sobre la superficie! ¿Era eso correr? Después, todo fue más sencillo. Vi el cuerpo del atleta quedarse atrás a una velocidad uniforme. Crucé la meta exultante pero no tardé en regresar sobre mis pasos pensando en aquel corredor que, sin duda, se sentiría mal al verse superado por una chica “mutilada”. Él atravesó la línea de llegada en una carrera lenta y decepcionada. Me situé en su trayectoria mostrándole las palmas de mis manos en señal de disculpa. El chico, ignorando aquel gesto, se fundió conmigo en un abrazo. Acercándose a mi oído, dijo: “Buen final, campeona, enhorabuena”. Disminuyó la presión de sus brazos para soltarme. Yo traté de evitarlo. Sin saber por qué, permanecí abrazada a él con más fuerza y comencé a llorar. El chico, emocionado al verme así, mantuvo el abrazo y comenzó a hablar con voz temblorosa. Entre palabras bonitas, escuché una frase que recuerdo con especial cariño: “Eres como una sirena nadando en el agua”. Recordé a mi “tullida” amiga y su precioso nadar. Mi entrenadora se unió a nosotros, y con ella, el resto de compañeros de entrenamiento. Permanecí acurrucada en aquella piña de brazos y sonrisas deseando alargar ese momento todo lo posible.

Aquel día aprendí a correr. Punto tercero, ¡conseguido! Y fue tan especial e inspirador que, desde entonces, empecé a construir mi historia personal en torno a ello. Porque, me dije, si he sido capaz de flotar sobre el suelo, también podré sobre todo lo demás. Nadar, como una sirena, por encima de todas esas cosas que me impiden ser feliz.

Desde aquel día, preparé un lugar acogedor junto a la pecera. Lo dispuse para que mis amistades pudieran sentirse cómodas. Allí, acompañados por el nado sereno de una hembra de molly negro, pasamos muchas tardes riendo y hablando de todo un poco. Y fue en aquellos ratos, tan sencillos como valiosos, donde comenzó mi verdadera carrera hacia la búsqueda de consuelo a los problemas y un cierto sentido a la vida.

FIN

Du Toit